

IV

DE COMO HABIENDO IDO POR UNA HORA Á CASA DEL MARQUÉS, JUAN OULLIER ESTARÍA AUN EN ELLA Á NO HABER MUERTO AMBOS HA DIEZ AÑOS

Antes de partir á la mañana siguiente para la caza, el marqués fué á abrazar á sus hijas; pero al entrar en su aposento, admiróse sobremanera de encontrar al inevitable, al universal Juan Oullier, que estaba lavándose la cara con una paciencia y habilidad que habrían pasmado al aya más experta. Como el buen hombre al dedicarse á aquella ocupación recordaba á los hijos que había perdido, encontraba en ella una melancólica satisfacción. Al presenciar el marqués este espectáculo, trocóse en respeto su asombro.

Las cacerías se sucedieron durante ocho días consecutivos, y fueron todas á cual más amena y productiva. En estos ocho días y variando alternativamente de funciones, ora dejando las de picador por las de mayordomo y ayuda de cámara, ora abandonando estas para volver á desempeñar las primeras, no sólo puso Oullier en completo arreglo las prendas de vestuario y todo lo concerniente á la compostura del marqués, sino que introdujo en toda la casa el orden y asco que la faltaba.

Al ver esta importante modificación, lejos el marqués de Souday de apresurar la partida de un hombre tan obligado, dolíale en el alma tener que separarse de él, y desde que se levantaba hasta que se acostaba, agobiado de sueño y cansancio, no cesaba de buscar cuál era la cualidad del vendeano que más recomendable le hacía á sus ojos.

En primer lugar, Juan Oullier tenía la sagacidad de un podenco para rastrear la caza en las malezas ó en el césped humedecido por el rocío.

Además, hasta en los senderos más áridos de Machecul, Bourgneuf y Aigrefeuille, descubría las huellas más imperceptibles de los jabalíes, determinando sin titubear lo más mínimo su sexo y edad.

Por otra parte, ni el picador mejor montado habría azuzado los perros con más destreza que Juan Oullier sin más cabalgadura que sus largas piernas; sin contar que cuando el tiempo ó el cansancio les obligaban á suspender sus expediciones, no tenía rival en el arte de adivinar los sitios en que abundaban las becadás.

—¡Por vida mía, cargue el diablo con el matrimonio! exclamaba entonces el señor de Souday: ¿qué sería de mí en esa pesada galera en la cual á tantos he visto remar no muy á su sabor? ¡Fuego de Dios! yo ya no soy joven por más que trate de figurármelo, pues ya voy entrando en los cuarenta. No quiero hacerme ilusiones; no confío cautivar á nadie con mis atractivos personales; sólo puedo aspirar á la mano de alguna viuda quintañona enamorada de mis tres mil libras de renta, la mitad de las cuales morirá conmigo, lo cual me hará cargar con una marquesa de Souday arisca y regañona, que de seguro me privará de cazar con mi buen Juan, que tanto lo entiende, y no cuidará la casa con tanto asco como él.

Pero luego se erguía y contoneaba murmurando:

—Sin embargo, no sé si nos es lícito dejar extinguir en una época como la que estamos atravesando las grandes familias que son el sostén más firme y natural de la monarquía. Además ¡cuán grato no sería para mí ver reverdecer en otro vástago los gloriosos timbres de mi linaje! Y ¿qué dirán ahora mis vecinos de un hombre que como yo no ha tenido jamás esposa legítima, al notar la presencia de esas niñas en mi casa?

Como estas reflexiones solían asaltarle en días lluviosos ó cuando el mal tiempo le privaba de entregarse á su diversión favorita, muchas veces le sumergían en grandes perplejidades, vacilando sobre el partido que más le convenía adoptar; mas por último logró distraerse de ellas como suelen todos los hombres de carácter antojadizo é irresoluto: permaneciendo *in statu quo*.

Sin embargo, Berta y Mary habían cumplido en 1831 diez y siete años, y en esta época todavía duraba la indecisión del marqués, pues todavía no había resuelto positivamente si debía ó no tenerlas á su lado.

Juan Oullier había colgado de un clavo la llave de su casa de la Chevrolliere, trascurriendo catorce años sin que jamás se le hubiese ocurrido la idea de descolgarla.

Aguardó á que su amo volviese á enviarle á su casa, y como desde su llegada al castillo éste estaba admirablemente aseado, el marqués no tuvo que lamentar ni una sola vez la falta de un botón en sus vestidos, y sus botas de caza llevaban siempre clavadas las espuelas; las escopetas estaban tan bien cuidadas como en la mejor armería de Nantes, y gracias al empleo de ciertos procedimientos coercitivos que le había enseñado un compañero de armas de la Vendée, hizo perder gradualmente á la cocinera su mal humor de costumbre. Como los perros se encontraban siempre en el estado de robustez y gordura necesarias, esto es, ni demasiado ahitos, ni sobrado flacos, de modo que siempre se hallaban en disposición de resistir cuatro veces á la semana una correría de ocho ó diez leguas, y en el de terminarla en cuanto se les indicase que el animal que se perseguía iba ya de remate; como la charla y la travesura de sus hijas y su expansiva ternura amenizaban su existencia; como sus pláticas con Juan Oullier acerca de la última guerra, que había pasado al estado de tradición por haber ya trascurrido desde entonces treinta y cinco ó treinta y seis años, le servían de agradable pasatiempo, en especial durante las veladas más largas y los días de lluvia; el marqués, que acababa de encontrar otra vez la cariñosa solicitud, el grato sosiego y la plácida dicha que había gozado con la pobre Eva, y también el placer de la caza que para él era el mayor de todos, el marqués, decimos, fué pasando días, meses y años, aplazando siempre el momento de la separación para una época más remota y que nunca llegaba.

Tocante á Juan Oullier, tenía grandes motivos para no provocar una resolución definitiva. Juan Oullier no era solamente bravo, pues la bondad de su corazón corría parejas con su intrepidez.

Ya hemos visto el afecto que desde luego había profesado á Berta y á Mary. Este afecto se trocó luego en entrañable cariño para aquel hombre que aun lloraba la pérdida de sus hijos, y andando el tiempo aquel cariño se convirtió en fanatismo. No concebía la diferencia que su amo pretendía establecer entre su posición y la de los hijos legítimos que él esperaba obtener por medio del matrimonio, pues no comprendía que habiendo deshonrado á una muchacha fuese posible reparar esta falta de otro modo que casándose con ella, y partiendo de este principio infería que si el marqués

no podía legitimar su unión, debía por lo menos reconocer la paternidad que aquella le había legado; así es que á los dos meses de permanecer en el castillo, hechas estas reflexiones y ratificadas por su corazón, si hubiese recibido de su amo la orden de ponerse en camino para su casa, á pesar del profundo respeto que le tenía, no habría dejado de manifestarle lisa y llanamente su parecer sobre el particular.

Por dicha este último se guardó muy bien de insinuar los encontrados afectos que le combatían, y por lo tanto Juan Oullier tomó aquella interinidad por una determinación definitiva del marqués, creyéndolo convencido de que las niñas tenían el derecho de permanecer en el castillo y él la obligación de hacer efectivo este derecho.

Dejando esas digresiones, quizás harto prolijas, volvamos á Berta y á Mary, que ya cuentan diez y siete ó diez y ocho años.

Al cruzarse la pura raza del marqués de Souday con la plebeya sajona, había producido dos criaturas maravillosamente bellas y aristocráticas, pues las hijas de Eva reunían á sus hermosas y agraciadas facciones y á lo garboso de su tallo un talante por todo extremo noble y distinguido. Ambas se parecían á fuer de gemelas; pero Berta era morena como su padre y Mary rubia como su madre.

Desgraciadamente, la educación que aquellas hermosas niñas habían recibido, al par que tendía á favorecer su desarrollo físico, había dejado completamente descuidada su parte más esencial, por cuanto eran dos señoritas, y no dos mancebos, es decir, dos personas que debían echar de menos algún día la enseñanza especial que correspondía á su sexo.

Y no podía ser de otro modo, viviendo tan sin cuidado junto al marqués su padre, quien jamás había conocido ninguno y era incapaz de apurarse por nada de este mundo.

Juan Oullier había sido el único maestro y la única aya, digámoslo así, de las hijas de Eva.

El bondadoso vendeano les había enseñado cuanto sabía, esto es, á leer, escribir, contar y orar con tierno y profundo fervor á Dios y á la Virgen; y luego á trepar los riscos, saltar los jarales y zarzas sin temor ni cansancio; á matar las aves al vuelo y los gamos á la carrera, y finalmente, á montar en pelo los indómitos caballos de Mallerault, tan mon-

taraces en sus páramos y praderas como los de los gauchos en sus pampas.

Nada de esto le pasó inadvertido al marqués; pero nunca se le ocurrió dar otra dirección á sus hijas y mucho menos turbar con su oposición el recreo y contentamiento que les proporcionaban estos ejercicios impropios de su sexo; mayormente cuando tanto se alegraba de tenerlas por compañeras de caza, pues su alborozo, su ardor y su entusiasmo femenino le hacían encontrar mayor embeleso, si cabe, en su diversión favorita.

Sin embargo, debemos confesar en honor de la verdad que el marqués había añadido algo á las lecciones de Juan Oullier, pues cuando Berta y Mary cumplieron catorce años y empezaron á acompañar á su padre en sus expediciones al monte, no encontraron ya ningún atractivo en los juegos infantiles con que distraían antes el tedio de las largas y solitarias veladas del castillo, y entonces para llenar este vacío el marqués les enseñó á jugar al *whist*.

Entretanto las dos jóvenes habían completado por su parte, en cuanto estuvo á sus alcances, su educación moral, pues jugando un día al escondite habían descubierto un aposento que de seguro no se había abierto de treinta años á aquella parte.

Aquella pieza era la biblioteca del castillo, la cual contenía unos mil volúmenes, y cada una eligió los que más se acomodaban á su carácter. La apacible y tierna Mary prefirió las novelas; la positiva y turbulenta Berta optó por la historia. Pero más adelante hicieron ambas una amalgama de conocimientos comunicándose los recíprocamente: Mary contó el argumento de Amadis y de Pablo y Virginia á Berta, y ésta explicó Mezeray y Vély á Mary, resultando que las dos adquirieron acerca de la vida real las más erradas nociones, lo propio que sobre las costumbres y las exigencias de una sociedad que jamás habían visto y de la cual apenas tenían noticia.

Cuando fueron las jóvenes á comulgar por primera vez, el cura párroco de Machecul que las amaba entrañablemente por su piedad y su buen corazón, hizoles algunas observaciones á propósito de la extraña educación que se les daba, pero su amistoso aviso se estrelló contra la egoísta desidia del marqués de Souday; la educación de las dos hermanas continuó del mismo modo que antes, dando así pábulo á las

habilllas del país, con detrimento de la reputación de Berta y de Mary.

Rodeado como estaba Souday de almas mezquinas que no podían perdonarle el lustre de su prosapia y llevadas de su envidia, ansiaban encontrar ocasión de devolverle todo el desdén con que los antepasados del noble marqués habían probablemente tratado á los suyos, aprovecharon la coyuntura que éste les proporcionó al llamar á su casa á los hermosos vástagos de una unión ilegítima, para publicar en coro la historia de la vida relajada que había llevado en Londres, exagerando sus faltas, convirtiendo en una pérdida á la pobre Eva que por un milagro de la Providencia se había conservado pura, y dándose tanta maña en desacreditarle, que al poco tiempo no hubo en Beauvoir, Saint-Léger, Bourgneuf, San Filiberto y Grandlieu hidalguillo ni hacendado que no huyese su trato, so pretexto de que deshonoraba á la nobleza, cubriendo así su plebeyo linaje con el manto del desprecio.

Pero al cabo de algún tiempo, no fueron ya sólo los hombres quienes afearon la conducta pasada del marqués, sino que se les juntaron todas las madres y muchachas casaderas de diez leguas á la redonda, envidiosas de la belleza de las dos hermanas; lo cual dió un carácter más grave al asunto.

Si Berta y Mary hubiesen sido feas, el corazón de aquellas bondadosas señoras y caritativas jóvenes, naturalmente propenso á la tolerancia cristiana, habría quizás disimulado la vituperable paternidad del pobre castellano; pero lo odioso, lo inaguantable del caso, era que aquellas pécoras tuviesen la insolencia de eclipsar con su noble distinción y sus atractivos á las jóvenes más bellas y encopetadas del país.

Esta audacia era de por sí un delito á todas luces imperdonable. La indignación que contra las dos pobres jóvenes se había levantado era tan general, que aunque no hubiesen dado ocasión ni fundamento alguno á las calumnias y al vilipendio de la gente, no habrían podido librarse enteramente de los envenenados tiros de la maledicencia. Júzguese con este precedente cuánto pábulo darían á la murmuración de sus detractores los viriles y excéntricos hábitos de las dos hermanas. Aquella indignación no tardó en convertirse en un tole universal y reprobador, que desde el depar-

tamento del Loira Inferior se extendió por la Vendée y el Maine-et-Loire, por manera que si el mar no bañase las orillas occidentales del Loira Inferior, de seguro se habría propagado por el oeste en la misma proporción y con igual intensidad que por el este y el sud de Souday.

Nobles y plebeyos, ciudadanos y campesinos, clamaron contra las dos inocentes jóvenes. Los mancebos que apenas habían tenido ocasión de encontrarlas, ni de verlas siquiera, hablaban de ellas con insolente sonrisa y afectando un aire jactancioso, preñado de esperanzas cuando no de recuerdos: las viudas se santiguaban al oír su nombre, y las niñeras amenazaban con ellas á los chiquillos indóciles. Los más indulgentes se limitaban á imputar á las gemelas las tres virtudes de *Arlequin*, que generalmente se atribuyen á los discípulos de San Huberto, cuya profesión blasonaban ellas de seguir, á saber: el amor, el juego y el vino; pero otros afirmaban seriamente que en el castillo de Souday se celebraban todas las noches orgías desenfrenadas, parecidas á las del tiempo de la Regencia, y hasta algunos románticos á quienes pareció poco cuanto se había dicho, pretendieron á todo trance encontrar en una de las torrecillas de Souday, abandonada á los inocentes amores de unos veinte palomos, una tremenda reminiscencia de la famosa torre de Nesle, de funesta y repugnante memoria.

En resumidas cuentas, tantos fueron los vicios y las faltas que se achacaron á Berta y á Mary, que á pesar de la pureza de sus costumbres y de su tierno y bondadoso carácter, no tardaron en inspirar horror á cuantos las conocían.

Ya por conducto de los criados de las casas solariegas, ya por mediación de los jornaleros que se rozaban con los propietarios y las familias acomodadas, esta extraña animadversión se comunicó á las clases inferiores; de modo que, á excepción de algunos pobres ciegos ó de algunas viejas baldadas á quienes las dos hermanas socorrían, todo el populacho se hizo eco de los absurdos y disparatados cuentos inventados por los caciques del país, y andando el tiempo no hubo leñador, almadreñero de Machecul, gañán de San Filiberto ó de Aigrefeuille, que no se creyera deshonrado con saludarlas.

Al cabo los aldeanos dieron á Berta y á Mary un apodo propio de la gente de baja ralea, el cual fué acojido y aclamado en las regiones más encopetadas, por cuanto en con-

cepto suyo caracterizaba perfectamente los apetitos y los excesos que á las dos jóvenes se atribuían.

Llamáronlas LAS LOBAS DE MACHECUL.

V

UNA CAMADA DE LOBEZNOS

Indiferente hallaron al marqués de Souday las manifestaciones de la animadversión pública, pues hasta la ignoraba, cuando cayó en la cuenta de que sus vecinos ya no le devolvían las raras visitas que se creía obligado á hacerles; observación que celebró restregándose las manos con extremada alegría, pues así se libertaba de un deber fastidioso y que sólo á instigación de sus hijas ó de Oullier cumplía.

No dejaron por esto de llegar á sus oídos algunas de las calumnias que circulaban acerca de Berta y de Mary; pero se consideraba tan dichoso entre su *factotum*, sus hijas y sus perros, que se guardó muy bien de exponerse á perder esta felicidad dando importancia á tan absurdas hablillas, y por lo tanto continuó corriendo las liebres y los jabalíes cuando se le presentaba ocasión, y jugando todas las noches el *whist* en compañía de las pobres calumniadas.

Mas Juan Oullier distaba mucho de ser tan filósofo como su amo; bien que es preciso confesar que siendo de inferior condición, no intimidaba tanto á los malévolos y charlatanes, y pudo averiguar más por extenso cuáles eran estos rumores.

Ya hemos dicho que su ternura por las dos señoritas rayaba en idolatría. Pasaba el tiempo contemplándolas; y ora sonriendo cariñosamente estuviesen sentadas en el salón del castillo, ora tendidas sobre el cuello de sus caballos, chispeantes los ojos, animado el semblante, sueltos los hermosos cabellos y ondeando á merced del viento bajo sus chambergos de ondulante pluma, pasasen raudas como una aparición junto á él; al verlas tan llenas de perfecciones y al mismo tiempo tan buenas y tan tiernas para su padre y